



AVISO LEGAL

Artículo: La construcción de un nuevo espacio cultural iberoamericano

Autor: Aínsa, Fernando

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 5, año VIII, núm. 47 (septiembre-octubre de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Aínsa, F. (1994). La construcción de un nuevo espacio cultural iberoamericano. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 53-66.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jsui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO ESPACIO CULTURAL IBEROAMERICANO*

Por *Fernando AINSA*
UNESCO

NADA MEJOR QUE UN AUDITORIO SENSIBILIZADO a los problemas de comunicación para hacerlo partícipe de las que hoy son reflexiones y prioridades de la acción de la UNESCO y de su director general, Federico Mayor Zaragoza, cuya representación tengo el honor de asumir en esta sesión de apertura de vuestras deliberaciones.

Auditorio sensibilizado y representativo de una región —Iberoamérica— donde se unen, como bien acaba de señalar el embajador Félix Fernández Shaw, los países de lengua española y portuguesa y sostienen ya un proyecto común de desarrollo e integración.

Un proyecto iberoamericano que se inscribe en un momento particular de la historia de la humanidad: fin de una época y anuncio de otra, momento de balance y de examen, de interrogantes, de búsqueda de respuestas y revisión de principios establecidos.

Con signos contradictorios, donde se mezclan ambiguamente los indicios positivos y los negativos, asistimos al fin del milenio y, con él, al fin de la primera edad del industrialismo, transformada por la informática, la biotecnología, la genética y los estudios del genoma humano, la superconductividad y la microelectrónica.

Un fin de época que cierra el período de la posguerra mundial del 45 y que trastoca fronteras geopolíticas, sistemas de creencias y tópicos sobre la estructura de las clases sociales y los esquemas ideológicos que parecían inmutables, sobre los límites de la explotación de los recursos del planeta y el frágil equilibrio de sus ecosistemas.

Fin de una época donde buena parte de los desafíos exigen respuestas globales, aunque, al mismo tiempo, las dificultades de la

* Palabras leídas en representación del director general de la UNESCO en el Tercer Encuentro Iberoamericano de Investigadores en Comunicación.

convivencia intercultural y la eclosión de particularismos étnicos y nacionalistas —derecho de minorías, reivindicación de soberanías, costumbres, religiones y culturas, defensa de la identidad— nos recuerden la importancia y los riesgos de la diversidad en la unidad del mundo actual.

En resumen, vivimos en un tiempo caracterizado por transiciones múltiples y certezas mínimas. Incertidumbres acendradas, además, por la vertiginosidad de los cambios y la creciente interdependencia del planeta.

Transiciones e incertidumbres que abren, sin embargo, el mundo a nuevas perspectivas. El fin de la bipolaridad basada en la guerra fría y la súbita aceleración histórica inauguran posibilidades inéditas de concertación. Los alineamientos internacionales que se vivían hasta hace unos años, ceden a nuevos espacios políticos y culturales dotados de características propias. Renovados vientos de libertad llenan de esperanza, no exenta de inquietudes, todos los rincones de la tierra.

La elección de la libertad marca, más allá de cualquier problema o diferencia, el sentido profundo de las transformaciones en curso, que ya no residen en simples adhesiones a ideologías económicas, sociales o políticas que parecían inmutables, sino en la toma de conciencia del valor de los seres humanos que viven en sistemas democráticos, donde cada ciudadano debe contar como individuo, donde todos importan y participan, pero, sobre todo, donde surgen con fuerza espacios culturales comunes.

Y en esa identificación, el espacio iberoamericano —constituido por España, Portugal y los países americanos de expresión española o portuguesa— emerge ahora claramente como una de las áreas de expresión y creación cultural más importantes del planeta.

América —como ha señalado el filósofo mexicano Leopoldo Zea— no puede prescindir de su doble pasado, de una doble herencia: la propia y la de Europa, especialmente de España y Portugal, lo que es justamente su especificidad y riqueza, pero también el origen de muchas contradicciones no resueltas. En la reciente Cumbre del Pensamiento, celebrada el pasado mes de abril en Guatemala bajo la égida de la UNESCO, se recordó que España y Portugal constituyen para América Latina “la Europa de casa”, las que son sus raíces primordiales, pero, sobre todo, se insistió en la importancia de reforzar las relaciones entre los países de uno y otro lado del Atlántico.

Resulta, pues, importante no solamente descubrir lo distintivo de las identidades culturales en que se expresa lo iberoamericano,

según los países, las zonas, los momentos históricos, sino también identificar ese estrato fundacional que le es común, ese *ethos* cultural —artístico, filosófico, sociológico, ideológico, político y aun económico— que funda toda “comunidad”.

La comunidad iberoamericana representa además un foro de concertación y cooperación y configura un extraordinario espacio político, transcontinental, que trasciende la polarización Norte-Sur, donde pueden construirse sin confrontaciones, mecanismos adecuados de integración.

El reconocimiento de este “espacio natural” se acompaña ahora de una vocación política de afirmación y desarrollo, cuya mejor expresión han sido las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno, que se han celebrado en Guadalajara, México, en 1991, en Madrid en 1992 y la de Bahía, en Brasil, que se inaugura la semana próxima. Conferencias que han decidido reunirse anualmente movidas por la voluntad de contribuir a reformas de largo alcance en los países que las reúnen, mediante el desarrollo de programas multilaterales de cooperación en áreas específicas.

Como se declaró en la Cumbre de Guadalajara, se trata de aprovechar en toda su plenitud las afinidades que unen a estos países, de uno y otro lado del Atlántico, para consolidar un espacio abierto a la cooperación y a la solidaridad e inaugurar un foro privilegiado de intercambio de experiencias.

En la Cumbre de Madrid se precisó que “Iberoamérica debe potenciar lo específicamente propio y lo universal de sus valores compartidos, en un compromiso con la libertad y la justicia”. Es decir, que los países que la componen extraen ahora su fuerza más allá de su común origen, de una opción colectiva hacia el porvenir basada en la libertad.

Dos pilares fundamentales presiden esta voluntad política de integración: la democracia representativa y el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales. La Declaración final de la Cumbre de Madrid fue, en este sentido, formal. Sólo mediante la salvaguardia de estos valores se pueden superar cabalmente los obstáculos internos de orden político, económico y social que se plantean en los países de la región para asegurar un desarrollo equilibrado y justo.

A estas conferencias ha contribuido activamente la UNESCO al preparar documentos de base para la reflexión y la preparación de instrumentos operativos, para traducir en realidades la “cultura de la cooperación” que se pretende instaurar. Por otra parte, algunas iniciativas en curso en el ámbito de su competencia ya

adelantan las inmensas posibilidades que ofrece este nuevo espacio: el mercado común del conocimiento, la educación integral en el triángulo formado por la familia, el Estado y la sociedad civil, la formulación de contenidos educativos que forjan actitudes de tolerancia y de respeto al medio ambiente.

Habrà que resumir algunos de los puntos que la UNESCO considera prioritarios en la construcción de este nuevo espacio cultural, piedra angular del diálogo al servicio de la unidad y el desarrollo al que se aspira.

La UNESCO parte del principio de que la crisis de los modelos políticos, sociales y económicos vigentes obliga a una reflexión teórica que debe ser abierta y creativa si quiere ser efectiva. El modelo a proponer no puede ser único; los esfuerzos tienen que ser colectivos y englobar el potencial de iniciativas y de solidaridad que poseen tanto las culturas ancestrales prehispánicas como las derivadas del mestizaje y de la apertura tradicional del continente a otras influencias.

Nunca como ahora la frase latina *ex pluribus unum* puede aplicarse con mayor propiedad para definir el espacio cultural iberoamericano, que engloba una gran diversidad de regionalismos culturales, a veces manifestados en tensiones internas entre la particularidad y la universalidad de las que la propia diversidad de España es ejemplo.

El pluralismo en que se manifiestan sus variadas expresiones culturales, aunque sea en forma de antinomias y contradicciones no resueltas, especialmente entre la tradición y la modernidad, es signo de riqueza y no de debilidad.

Conciliar tradición y modernidad no es fácil, ya que un sector prioritario del discurso sobre la identidad americana reivindica la búsqueda de una imagen de ella misma que comienza en los orígenes (autoctonía), invocación al pasado que supone en algunos casos negar las culturas ajenas, con el riesgo del aislacionismo consiguiente. La especificidad puede parecer, entonces, como anacrónica o primitivista. En otros, la apertura y el universalismo pueden ser sinónimos de alienación y homogeneización cultural.

La definición de la identidad iberoamericana se ha debatido entre estas dos visiones en conflicto que giran alrededor de conceptos como tradición y novedad, continuidad y ruptura, integración y cambio, evolución y revolución, evasión y arraigo, apertura hacia otras culturas y repliegue aislacionista y defensivo sobre sí misma.

Esta doble herencia de América —fuente de su riqueza y su diversidad— se traduce en los movimientos centrípeto y centrífugo de sus expresiones culturales. Mientras, para unos, las verdaderas raíces de la identidad están en los valores y tradiciones, para los segundos la identidad es el resultado del juego de espejos entre Europa (o si se prefiere la llamada cultura occidental) y América, reflejos que se reenvían mutuamente imágenes, símbolos e informaciones de todo tipo.

Hablar, pues, de identidad cultural no supone hablar de igualdad o uniformidad para un continente esencialmente diverso, abierto a influencias e intercambios, pero unido por lenguas comunes, un hondo sentido religioso que incorpora las mejores virtudes del sincretismo, el amor por la libertad y sus valores éticos y espirituales, y por la intensa capacidad creadora que se manifiesta en la presencia universal de su arte, de su música y sus letras, donde, más allá de los referentes locales o nacionales, alienta un “tono”, un espíritu común.

Una cultura que privilegia lo que tiene de incorporación y enriquecimiento sobre lo que es simple ruptura, porque Iberoamérica abunda en ejemplos de encuentros y de mezclas creadoras, abigarradas y “multiversales”, relaciones interculturales atravesadas por enfrentamientos, resistencias, asimilaciones, aprendizajes, apropiaciones o intercambios, suficientemente positivos —y no por ello menos conflictivos— como para dejar de creer en su apasionante resultado y en sus posibilidades futuras.

Un resultado al que apostó el mexicano José Vasconcelos cuando escribió en *La raza cósmica* que “la misión de la raza iberoamericana” no debía ser otra que transformarse en el “crisol en que han de fundirse todas las culturas para crear una sola”.

El mestizaje de razas y culturas es una lección que América, como lo ha hecho la propia España a través de los siglos, da al mundo. Iberoamérica es espacio donde se anuncia el único futuro posible para el resto de la humanidad: la convivencia en paz y sobre un mismo territorio, en una misma ciudad, de pueblos y hombres provenientes de horizontes muy diversos.

No es exagerado decir que Iberoamérica anuncia al mundo cuál va a ser su futuro, porque el porvenir es mestizo, progresivamente mestizo, donde las voces, los signos y símbolos, las músicas, las culturas y los propios hombres se entrecruzan, se mezclan dando una prueba palmaria de la amplitud creciente de la complejidad de lo real. Basta ver lo que sucede hoy en Europa y los conflictos étnicos

que se han desatado para comprender que, pese a todos los problemas que los países iberoamericanos puedan tener, no son las guerras interétnicas o el racismo los peligros mayores a los que deben hacer frente.

Iberoamérica tiene elementos naturales unificadores que no tienen otros espacios en el mundo. El más espléndido es la lengua común a través de la cual esa cultura se expresa y expande.

Parece innecesario subrayar las ventajas que otorga el hecho de que la mayoría de los países de la región hablen y escriban las mismas lenguas —el castellano o el portugués— y que el intercambio pueda hacerse con la facilidad que da esta comunidad lingüística.

Gracias a la lengua española se comunican y se reconocen pueblos que de otro modo estarían incomunicados. Si bien algunos recuerdan todavía el poder “imperial” de la lengua, realzado por Nebrija al afirmar ante la reina Isabel de Castilla que su *Gramática* servía para “conquistar un mundo”, es bueno subrayar que lo fue también para la emancipación y la integración de una cultura. Como cantó Rubén Darío en su soneto “A España”, es “el capitán Cervantes” el verdadero conquistador del Nuevo Mundo. El idioma español tuvo, desde el momento en que fue lengua de América, un compromiso decisivo con el resto del mundo.

El español es, sobre todo, una voz de muchas voces, encrucijada y crisol de múltiples culturas. El español es, también, el destino de una lengua que cobra conciencia de su universalidad gracias a la diversidad de la que procede y a la que arriba, haciendo de puente y de hilo conductor de la multiplicidad de lenguas y culturas americanas y desarrollando en su seno la riqueza de sus propias lenguas como lo son el gallego, el vasco y el catalán.

Lengua española que tuvo, por ello, a sus más entusiastas defensores entre los propios americanos. En el prólogo de su *Gramática* de 1874, Andrés Bello proclama: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español”.

Contra quienes vaticinaron una fragmentación del español en América como la del latín en Europa, surgieron las voces militantes de Juan Montalvo en Ecuador, Ricardo Palma en Perú, Jorge Isaacs y Rufino José Cuervo en Colombia y Juan Zorrilla de San Martín en Uruguay. Todos comprendieron que los rasgos comunes de la identidad americana y, sobre todo, la unidad de su destino pasan por la unidad de su lengua.

Es evidente que la comunidad lingüística americana ha dejado de ser el patrimonio de una metrópoli que impone una “sintaxis” determinada, para ser expresión de creación y transformación del idioma y, sobre todo, ámbito de comunicación internacional e incorporación a los grandes movimientos de la historia. Lengua que se enriquece en sus propias variaciones idiomáticas, pero sin que las ramas que se abren en copiosas hojas lleguen a desgajarse del tronco común.

Gracias al castellano, los países hispanoamericanos reivindican y desarrollan su propia herencia étnico-lingüística entre ellos y frente al mundo. Gracias a la lengua común participan en el diálogo múltiple y cruzado de la literatura contemporánea. “La patria del escritor es su lengua”, sostenía Francisco Ayala en *El escritor de la lengua española*, publicado durante su exilio en Buenos Aires. Y una lengua que hermana sólo puede ayudar eficazmente a construir una “Patria Grande”, a la que se aspira en todos los órdenes, cultural, económico y político.

El ensayo filosófico y político, la narrativa y aun la poesía (basta pensar en el *Canto general* de Pablo Neruda o muchos de los poemas de José Martí, Rubén Darío o César Vallejo), han contribuido a forjar las síntesis necesarias para hacer posible esa percepción global de un espacio cultural común, más allá de todo particularismo. En efecto, gracias a la literatura contemporánea se puede hablar de una mayor eficacia para representar arquetípica y aun míticamente la identidad iberoamericana en su proyección universal y, sobre todo, en su inserción en el espacio cultural ibérico en el cual naturalmente se reconoce.

Porque es a través del idioma común que puede darse ahora respuesta a los desafíos de la modernidad. El tesoro de estos vínculos no puede desfibrarse al asumir, en nombre de lo moderno, modos de ser, vivir y hablar que le sean totalmente ajenos, tal como se destacó en las Conferencias Iberoamericanas de Guadalajara y de Madrid, esa respuesta a la modernidad que debe conciliar la identidad específica de cada país con su impostergable integración cultural, económica y política.

Claro está que parece más fácil reconocer un espacio cultural y lingüístico que organizar uno económico, político o científico. Las relaciones entre lo económico y lo social deberían estar mejor equilibradas en el marco de una estrategia integral de desarrollo avalada por una amplia red de acuerdos y consensos entre actores y sectores, y en la cual las políticas no se limitaran al alivio de la pobreza

extrema, sino que buscaran la creación de las condiciones sociales requeridas para elevar la competitividad internacional de la región.

En estos temas —se reconoció también en las Cumbres, y recientemente en la Cumbre del Pensamiento de Guatemala— la región ha tenido la propensión a copiar modelos, incluso cuando en otros países ya se había demostrado que no eran aplicables.

Por esta razón, es bueno recordar que la voluntad programática de unidad e integración iberoamericana tiene una larga tradición. Desde Miranda, San Martín, Artigas y, sobre todo, Bolívar, identidad americana ha sido sinónimo de unidad política a nivel continental. No ha podido nunca imaginarse una América libre que no estuviera al mismo tiempo unida. Hombres sin fronteras que anunciaban en los propios albores de la Independencia americana lo que puede ser el libre intercambio de ideas entre países con un destino común, más allá de toda diversidad y especificidad.

Una pregunta aflora, entonces, naturalmente: ¿Cómo construir un espacio cultural iberoamericano basado en la cooperación y el desarrollo, cuando tantos problemas estructurales agobian a los países de la región y la tentación del repliegue y el aislacionismo es tan fuerte?

Es una realidad indiscutible que bajo el efecto de la crisis global que afecta a tantos países, las limitaciones y carencias de la región se han acentuado. A los factores seculares adversos al desarrollo se agregan ahora nuevos factores derivados de la aplicación de los programas de ajuste económico, revelándose en toda la región la persistencia y la ampliación de profundas desigualdades sociales expresadas en los exacerbados contrastes entre el empobrecimiento crítico de una gran mayoría de la población y la concentración de riqueza en grupos minoritarios.

La crisis que modificó durante los años ochenta las tendencias de crecimiento de décadas anteriores puso en evidencia la naturaleza no equitativa de la distribución del ingreso en las sociedades americanas, ya que los costos de los ajustes económicos derivados del endeudamiento y del bajo precio de las materias primas recayeron en forma desproporcionada en los sectores de ingresos bajos. El porcentaje de la población que vive situaciones de pobreza crítica —alrededor del 42% del total, unos 160 millones de habitantes— aumentó a lo largo de la década.

La pobreza crítica se ha focalizado en las poblaciones indígenas naturalmente marginadas de todo proceso de desarrollo; en la población rural localizada en las zonas menos desarrolladas, donde

hay carencias nutricionales, de salud y educación y donde existe una discriminación en la aplicación de las políticas sociales nacionales; y en los suburbios de las ciudades, donde se multiplican las construcciones "espontáneas" y se agravan los problemas de analfabetismo, deserción escolar y marginación cultural.

José Martí ya había advertido sobre los peligros que comportaban en América la desigualdad, injusticia y violencia derivadas del "culto desmedido a la riqueza". Con un gran sentido de la perspectiva histórica afirmaba: "En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas y en ésta, se librará la batalla social tremenda". Si el triste espectáculo que ofrece ahora el resto del mundo —nacionalismo exacerbado, guerras y "peleas de raza"— parece haberse evitado en Iberoamérica, no deben olvidarse los riesgos de esa "batalla social" a la que se refería José Martí.

Se puede hablar, por ello, de una verdadera "deuda social interna" pendiente en los países iberoamericanos, donde las desigualdades sociales y económicas condenan a vastos sectores de la población a situaciones extremas de pobreza crítica, con todos sus efectos de marginación y de privaciones a nivel de supervivencia de los servicios básicos como agua, transporte, educación, alimentación, salud, etcétera.

Los problemas de la pobreza crítica serán decisivos en los próximos años. Si bien la mayoría de los países ha reducido los índices de natalidad, quienes se incorporarán a las poblaciones económicamente activas en el curso de este decenio incidirán dramáticamente en la situación general.

Por otra parte, aunque parezca paradójico, el desarrollo económico, aun basado en el progreso científico y técnico, puede generar nuevas desigualdades si no se tienen en cuenta políticas adecuadas y si no se manejan correctamente los recursos humanos. El endeudamiento de muchos países lanzados a un desarrollo desenfrenado probó que los recursos financieros no lo eran todo, particularmente si carecían de condiciones democráticas para repartir y utilizar los recursos nacionales y no derrocharlos en proyectos decididos por una minoría de tecnócratas.

Ésta es una lección que todos debemos tener en cuenta.

Intelectuales, políticos y simples ciudadanos perciben ahora, en las formas que asume la democracia moderna y más allá de los principios de soberanía popular, la necesidad de generalizar prácticas políticas plurales, solidarias y participativas, donde derechos humanos y libertades cívicas sean, de consuno, el fundamento ético

del consenso colectivo y de formas más abiertas de iniciativa privada, tanto en la vida económica como en el plano personal. Por ejemplo en la educación, inscrita en un verdadero "pacto social" de gran alcance que establezca una verdadera sinergia entre educación, ciencias naturales y ciencias sociales, cultura y comunicación y los sectores de la comunidad (padres, docentes, jóvenes, autoridades, etcétera).

Esta sociedad civil, más compleja y diferenciada, interpela desde el porvenir, no para instaurar un "nuevo orden", sino para contribuir a una "nueva legitimidad" basada en la libertad, la participación y la equidad.

El voluntarismo providencialista de las décadas pasadas, o el fatalismo ante las dificultades percibidas como algo inevitable, da paso a una acción concertada, en la que se ha desterrado toda concepción totalizadora y exclusiva de la sociedad. Ello supone que los enfrentamientos y exclusiones ceden a la conciencia de una mayor solidaridad entre grupos diversos donde los grandes sistemas ideológicos ya no sirven para explicar los tiempos actuales. Los paradigmas académicos parecen agotados, las preguntas frescas e innovadoras tendrán que salir de la realidad.

Nada mejor, pues, que propiciar nuevas modalidades que permitan su libre y espontánea expresión. No hay un solo modelo institucional que cumpla con estos requisitos y cada sociedad debe buscar su propia forma de realizarlos, donde nadie puede pretender imponer su modelo a otros. Sin embargo, no puede olvidarse que el proceso de construcción de la democracia política en Iberoamérica tiene aún tres problemas pendientes.

El primero tiene que ver con la persistencia de herencias no superadas de los ciclos recurrentes democracia-autoritarismo y, sobre todo, de la última ola de autoritarismos y dictaduras de los años setenta. Se trata, en muchos casos, de democracias "incompletas", atravesadas por herencias de los regímenes autoritarios que impiden su pleno ejercicio. Señalemos, como parte de esta herencia, el problema de las violaciones de derechos humanos bajo el autoritarismo. Las dificultades de completar los procesos de verdad, justicia y reparación, hacen que este estigma siga presente en la memoria colectiva.

El segundo problema tiene que ver con los riesgos de regresiones. Un primer aspecto lo constituye la posibilidad de regresión a gobiernos dictatoriales. Por el momento, esta posibilidad parece descartada, tan impopulares han sido los intentos "golpistas".

Pero el mayor riesgo de regresión lo constituye el desprestigio del régimen democrático, es decir, no el que sea reemplazado por un tipo de régimen autoritario formal, sino que manteniéndose las instituciones democráticas, éstas sean incapaces de cumplir con las tareas propias de un régimen legalmente constituido y sean reemplazadas por poderes fácticos, como grupos de presión corporativos, sectores corrompidos como el narcotráfico o partidos políticos “oligarquizados” o desprestigiados. Superar estos riesgos exige replantear las relaciones entre el sistema de representación, la sociedad civil y los actores sociales. Sin ello no habrá gobernabilidad y, por lo tanto, ninguna consolidación democrática será posible.

El tercer problema es, justamente, el de la consolidación de las democracias, que tiene como condición *sine qua non* la superación de las herencias autoritarias, la que depende de factores socio-económicos y de cultura. En efecto, es imposible la legitimación de cualquier régimen político mientras persistan los bajos niveles educacionales, los altos niveles de pobreza y los grandes desniveles sociales.

Porque la vida de la democracia no se limita al solo ejercicio del derecho de voto y la delegación en gobernantes de toda iniciativa política, social o económica. La vida democrática necesita de la participación activa de todos los ciudadanos. De meros votantes deben pasar a ser auténticos actores sociales. La soberanía popular consagrada en los principios constitucionales necesita de una legitimidad suplementaria basada en un Estado de derecho y en una práctica plural y participativa donde todo conflicto pueda dirimirse en paz.

Para ello deben encontrarse los mecanismos que hagan de la democracia una práctica cotidiana y no sólo un principio jurídico. Éste es el mayor desafío que se plantea hoy en el nuevo espacio de la libertad ganada: apostar con imaginación, y a través de una discusión abierta y franca, al encuentro en tierras iberoamericanas entre el ideal y la realidad de la vida democrática del futuro.

La acción de envergadura internacional que la UNESCO ha emprendido en este campo —y cuyo primer resultado fuera la adopción de la “Declaración de Montevideo sobre Cultura y Gobernabilidad Democráticas” en noviembre de 1990— no es más que la prolongación natural de su misión ética en la promoción de los derechos humanos.

Los derechos humanos son la base de la ley común sobre la que se asienta el Estado de derecho y el fundamento ético de la vida social. En la práctica política plural y participativa estos derechos y las

libertades cívicas constituyen no sólo los límites a la arbitrariedad del poder, sino la base de una firme resolución a escala personal, municipal, nacional y regional en la cual el advenimiento de una activa cultura democrática es primordial. Hay que imaginar, finalmente, mecanismos que incorporen a la vida activa amplios sectores marginales o excluidos de la sociedad.

Es sabido que los cambios políticos se producen más fácilmente que los culturales. Sin embargo, en el entusiasmo inicial de nuevas estructuras políticas inauguradas con ilusión y esperanza se olvida muchas veces que las transformaciones culturales son más lentas y complejas. Costumbres, hábitos, prejuicios y tradiciones paralizan muchas iniciativas. De ahí la importancia que tiene la construcción de una cultura democrática que acompañe el proceso político.

Aprender la cultura democrática, enseñarla, practicarla, experimentarla y difundirla son metas en las que el compromiso debe ser claro para asegurar su vigencia y enraizamiento definitivo en el mundo del futuro. En un momento en que tantas expectativas se han generado en el mundo al socaire de los vientos de libertad que lo estremecen, las esperanzas de hombres y mujeres que se sienten por primera vez protagonistas de sus destinos no pueden defraudarse. Las ilusiones volcadas en los nuevos espacios democráticos deben ser encauzadas para que den resultados positivos.

Parecería innecesario recordar aquí que la comunicación es un sector clave de la economía contemporánea y punto de encuentro de numerosos campos socioculturales de la actividad humana. Más que nunca, en los próximos años la comunicación ratificará su función en el desarrollo, tanto como sector en expansión y crecimiento a partir de la generalización de nuevas tecnologías, como sector de influencia sociocultural y factor fundamental en la interdependencia del mundo contemporáneo.

Los medios de comunicación desempeñan un papel importante creando, reforzando y a veces destruyendo los vínculos sociales existentes, pese a que la manera como ello sucede no siempre es evidente. Pero su acción de cohesión social es claramente visible en los programas de alfabetización, contra la droga, sobre el medio ambiente y problemas de población y desarrollo.

Hasta qué punto ese poder se manifiesta en los hechos y en la vida cotidiana depende de la organización política y las libertades existentes en el conjunto de la sociedad. Por esta razón debe ponerse el acento en la libertad de expresión y en el libre intercambio de ideas e informaciones.

Para la UNESCO el desarrollo de la comunicación al servicio de la humanidad se funda en la interacción de tres fuerzas distintas conectadas entre sí:

- La libertad de expresión que, por definición, no puede limitarse.

- La necesidad de que las noticias e informaciones provenientes de países en desarrollo estén presentes en forma equilibrada en el flujo de la comunicación mundial, siempre y cuando no se viole el principio fundamental de la libertad de información.

- La creación y el fortalecimiento de las infraestructuras de comunicación necesarias, y la formación técnica y profesional, que deben contribuir a lograr una mayor igualdad en la comunicación entre los países.

Como indicador y componente fundamental del desarrollo integral, la comunicación en Iberoamérica se apoya en iniciativas novedosas como el desarrollo de la prensa rural, de agencias de prensa regionales, emisoras de radio comunitarias y en la formación de especialistas en disciplinas tan variadas como la "micro-edición", la informática aplicada a la comunicación, el funcionamiento de agencias de prensa, la planificación y la organización de archivos.

Pero si el libre acceso y la libre circulación de la información son claros e irrestrictos principios de su acción, la UNESCO es consciente de las desigualdades existentes en el mundo debidas al considerable avance de las tecnologías de la comunicación y la gran producción de materiales de información en los países industrializados. Estas desigualdades en la producción y en las capacidades de comunicación afectan la disponibilidad de información crucial en todo desarrollo, un desarrollo que no puede limitarse a sus aspectos económicos y cuya dimensión cultural es fundamental.

Uno de los objetivos más importantes de estas iniciativas es dotar a los países de instrumentos políticos, legales, técnicos y científicos, informativos e informáticos que permitan crear una corriente continua de interacción entre empresas de producción y de servicios de la región y centros de investigación, para el desarrollo de tecnologías innovadoras y competitivas en el mercado mundial. Para ello se necesita un fuerte apoyo de otras regiones, lo que ya sucede con España en el marco del proyecto del satélite HISPASAT.

Al final de este panorama sobre la construcción de un nuevo espacio iberoamericano, una vez identificados los proyectos que armonizan cultura, identidad, democracia y desarrollo, ciencia y tecnología, educación, visión global de los problemas y conocimiento

local de la realidad, se debe pasar a la acción. El problema práctico consiste, entonces, en cómo se puede persuadir y ser más convincente. Nada se alcanza sin la visión y la voluntad política de quienes establecen el orden de prioridades nacionales y le afectan los recursos necesarios.

Pero hay más.

En Iberoamérica —como se puso en evidencia el año 1992 en el momento de conmemorarse el V Centenario del “encuentro de dos mundos” — de nada sirve lamentarse por el pasado, porque el pasado es lo que fue y no podrá ser rehecho. Por el contrario, el futuro puede ser modelado a la medida de la dignidad humana.

Si el futuro aguarda y no está escrito, si el futuro es el único patrimonio que queda por compartir, la cultura es la única que asegura la continuidad del pasado en el presente y permite imaginar un porvenir donde —gracias a ella— sea posible aunar la política, la moral y la ciencia.

No tenemos dudas: la diversidad de la identidad hispanoamericana anuncia proyectos originales e imaginativos en su nombre.

La imaginación puede ser más importante que el conocimiento cuando invita a las reformas radicales que son indispensables para reducir las actuales disparidades de la región y adaptarse al nuevo escenario internacional. Escenario de un mañana más justo en el que haya menos espectadores que actores. En el que todos sean protagonistas de las transformaciones en favor de la libertad y de la paz.

Esta tarea compartida es nuestro reto común y nuestra esperanza.